

I. Preliminares de un manual de orientación

Al poco tiempo de comenzar a redactar este libro me asaltaron dos o tres dudas, motivadas por observaciones de amigos y de otras personas que han dedicado y compartido conmigo una parte de su vida en la Gestión Cultural (GC)* en activo, y esta última es ya una matización importante sobre la que luego, en otros capítulos, volveré.

La primera duda tenía que ver con el estilo empleado en este texto. Mucho cuidado, me dijeron algunos, con tratar de emplear, en un terreno resbaladizo como éste, un lenguaje académico, disertativo en exceso, alejado de esa apasionante arena en la que la gestión cultural moderna, en este siglo XXI, y de una manera muy directa, se ha convertido en un auténtico caballo de Troya que toca y penetra todos los ámbitos de la actividad económica, política, social, diplomática y cultural de nuestro tiempo.

Pues éste es un primer aspecto que debemos tener en cuenta. El gestor cultural, por la naturaleza multidisciplinar y, al tiempo, libre, desprejuiciada de su accionar, ejerce una *profesión* que modifica y toca un conjunto de la realidad social como casi no lo puede y no lo debe hacer ningún otro interlocutor o actor de la vida pública y privada. Así, el gestor cultural es un privilegiado actor cuya acción refleja lo que somos y lo que queremos ser como sociedad, nuestras aspiraciones, nuestras preocupaciones. No es poco.

Para entendernos, el gestor cultural moderno es un intermediario entre individuos y grupos, entre poderes públicos e institucionales y poderes privados, conjugando intereses y agendas muy variadas. Su ámbito natural de acción, y en el que aquí nos centraremos, es el clásico centro cultural, con sus numerosas variantes y tipologías. Pero también es cierto que las características privativas de su responsabilidad le ponen en contacto con una variedad enorme de sectores de la vida social.

* GC siglas utilizadas indistintamente para Gestión y Gestor Cultural.

Con el político comparte algunas características pues en cuanto individuo preocupado por la vida en la polis, casi nada le es ajeno. Pero el gestor cultural, casi nunca, es un cargo público partidario, electivo. Podrá ser elegido y nombrado por los representantes legítimos de la ciudadanía, sin duda, pero como profesional deberá abstraerse y superar el ámbito de sus ideas para abarcar sectores mayores, buscando la pluralidad de los programas y la tolerancia hacia idearios ajenos¹.

Incluso en el caso de que esté muy especializado y ejerza desde un centro afín a esa especialización, pongamos el caso de un centro de nuevas tendencias musicales o teatrales, su quehacer, su capacidad de decidir, estarán también determinadas por su conocimiento del entorno social en el que se mueve, por su información acerca del conjunto de la actividad artística y de los debates presentes en su entorno.

Estamos por tanto ante el caso naciente de una nueva profesión que tiene numerosas aristas, vertientes, caracterizada por su enorme capacidad de influencia comunicativa y de movilidad y cambio social. Tanto para sí, como profesional, como para las personas sobre las que se ejerce su actividad laboral. Pues en efecto, y desde una perspectiva de gestión cultural, hoy se puede y se hace tanto alta política como desarrollo en el nivel local, regional, autonómico, nacional e internacional.

Instituciones, corporaciones locales, empresas, fundaciones, ONG, prácticamente no hay sector de la actividad productiva en sentido amplio que no se plantee la necesidad de contar con un gestor cultural para sistematizar, ejecutar y ampliar sus objetivos intrínsecos, en algunos casos por razones de imagen, en otros, los más, con un verdadero sentido de compromiso social y cultural con una realidad compleja, mudable, sometida a vaivenes que exceden fronteras y áreas idiomáticas.

Por último, nuestro concepto de civilización, y de respeto de derechos humanos ampliados, está relacionado con un concepto abierto de cultura, que siendo local en origen sólo cobra verdadero sentido cuando se pone en relación de contraste con las otras culturas que conforman nuestro actual horizonte de comunicación mundializada. Gracias a las nuevas tecnologías de información y de transmisión de productos simbólicos nunca antes se había dado este fenómeno en una escala cuya conciencia es planetaria.

Aclaro desde ahora que yo no soy un académico de la GC sino un ejecutivo de la misma. Así, este libro, presentado a modo de manual, trata de responder y explicar algunos de los

¹ El político y el gestor cultural muchas veces coinciden en la misma persona, y en ocasiones, se llega a ambas desde el ejercicio del arte. Por eso la tipología del actor de la GC es tan variada. Casos egregios son quienes llegaron a Ministros de Cultura avalados por su trayectoria como escritores o artistas. Los hay en todos los países. En España, el más notable fue el de Jorge Semprún, Ministro de Cultura entre 1988 y 1991.

retos de la *profesión*. Al gestor cultural le corresponde enfrentarse a ellos. Yo espero muy sinceramente que estas reflexiones, que se nutren de mi experiencia en activo a lo largo de más de veinticinco años, le sean de utilidad en tan apasionante tarea.